

mas camino que las zarzas, y espinas que la rodean; pues à està obscura gruta guia à Ignacio el amor à la penitencia: si os horroriza esta habitacion, mas debe admiraros la vida que en ella hace nuestro illustre penitente: ciñe su cuerpo con una pesada cadena de hierro, le castiga con crueles disciplinas quatro, ò cinco veces al dia; pasa tres, ò quatro dias continuos sin tomar alimento; si le faltan las fuerzas, el alimento de que usa para confortarlas, es algunas pocas ubas silvestres, que halla en aquel desierto; y en vez de siete horas que antes empleaba en la oracion, pasa en ella los dias, y las noches enteras, ocupado siempre en llorar sus antiguos desordenes, y en alabar las misericordias del Señor: no sois vosotros capaces, Catolicos, de inventar tantos arbitrios para regalar vuestros cuerpos, como hallaba Ignacio para castigar el suyo.

¿Pero qué es lo que hago, Catolicos? me parece que en vez de animaros, os acobardo con la relacion de unas penitencias que mirais como muy superiores à vuestras fuerzas: es verdad, Señores, que os manifestó sus martyrios, sin haceros ver los interiores consuelos de la gracia, que los suavizaban, y consiste en que es mucho mas facil referir sus penitencias, que los inexplicables favores que recibia de Dios: almas penitentes, no os acobardeis, sabed que trabajais por un Señor, que no puede dejarse vencer en generosidad: ¿quién podrá explicar, Catolicos, los santos consuelos con que Dios aleataba el corazon de Ignacio? ¿quién podrá explicar aquellas vivas expresiones de amor, que sacandole fuera de sí, le unian à Jesu-Christo, de modo, que podia decir

cir con el Apostol, no vivo yo ya en mí, sino que en mí vive Jesu-Christo: ¿quién podrá explicar aquellos abundantes consuelos que dilataban su corazon, haciendo de sus ojos, como de los de David, un manantial inagotable de lagrimas? ¿con qué extraordinarias luces no iluminó el Señor su entendimiento? juzgado, Señores, por aquel admirable libro de Exercicios Espirituales que compuso; libro admirado por todos los Sabios, aprobado por la Santa Silla, y mucho mas recomendable por las extraordinarias conversiones que obró en aquel tiempo, y está obrando todos los dias en las almas, que retirandose del mundo por algun tiempo, dedican algunos dias à pensar en su salvacion.

Este fue, Señores, el valor que manifestó Ignacio en su penitencia; jamás desmayò desde el instante en que formó la santa resolucion de convertirse à Dios: el Demonio le acometió muchas veces con pensamientos de vana complacencia, otras con el temor de no poder continuar en un metodo de vida tan aspera; unas veces induciendole à una vana esperanza, y otras à una funesta desesperacion; pero siempre quedó burlado: el mundo, y el infierno conspiran contra él, pero Ignacio, ayudado de la divina gracia, sale victorioso de todos los combates: su valor no es menos heroyco en las acciones que emprende à favor de sus proximos, que en sus rigores, y penitencias.

Los hombres Apostolicos, à imitacion de Jesu-Christo su Maestro, y modelo, suelen tener la desgracia de sembrar muchas veces en tierras ingratas, y no recoger mas fruto de sus sudores, y fatigas, que

el odio, y las persecuciones del mundo; esta fue la suerte de San Ignacio de Loyola; pero nuestro Santo, semejante à una roca puesta en medio del mar, y combatida por todas partes de las olas, las que se deshacen luego que tropiezan en ella, à todo se expone por la salud de las almas; decia muchas veces, que miraba como muy bien empleadas todas sus fatigas, aun quando no huviera conseguido con ellas mas que impedir un solo pecado: en Barcelona reformó una Casa Religiosa, y la recompensa de su zelo fue verse expuesto à perder la vida: conviérte en Alcalá à un hombre, que ocupaba una de las principales Dignidades de la Iglesia de España, è inmediatamente es acusado de ser sospechoso en la Fé: trabaja en Salamanca con feliz suceso en la conversion de los pecadores, y logra por premio de su trabajo, quedar preso en la Carcel: en París, en Roma, en Venecia, en todas partes halla aflicciones por premio de sus fatigos; pero estas aflicciones solo sirven de alentar su zelo, y su valor: miradle, Señores, metido en un estanque elado, en lo mas riguroso del invierno, esperando alli à un pecador, para hacerle avergonzar de su culpa à vista del espectáculo de una tan aspera penitencia: si pide limosna, no es tanto para socorrerse à sí mismo, como para tener proporcion por este medio para instruir à los pobres, y salvar sus almas: si estudia con los niños, al mismo tiempo que con ellos aprende las lecciones profanas, les dá lecciones saludables: todavia se conservan en Roma gloriosos monumentos de su zelo en los varios Seminarios, que hizo edificar para los Pueblos de diversas Naciones; en los

los Retiros que levantó, para que se acogiesen aquellas almas à quienes havia sacado del error, y en los Asilos que fundó, para las que havia librado del camino de la perdicion: ¿quántas lagrimas, quántos cuidados, quántas oraciones le costó un San Francisco Xavier, nuevo Pablo de nuestros tiempos, Apostol de las Indias, y del Japon? la conversion sola de San Francisco Xavier, à la que siguió la de tantas almas, seria para otro Heroe que San Ignacio, un elogio el mas perfecto; pero aún se estendia su zelo à mucho mas; y puede muy bien decirse de nuestro Santo lo que de San Pablo decia el Chrysostomo, esto es, que su corazon en algun modo, era el corazon del mismo Jesu-Christo: *Cor Christi erat cor Pauli*: su zelo no tenia mas limites que los que Dios havia puesto à este mundo visible: *Totius orbis cor*: Ignacio se propone conquistar todo el mundo, no para hacer callar en su presencia à toda la tierra, segun la expresion de la Escritura, hablando de las conquistas de Alexandro, no para que el mundo admirase sus hazañas, como sucede à los Heroes profanos, sino para que todos conociesen à Jesu-Christo, y sirviesen, y adorasen al verdadero Dios: en este vasto proyecto, vé desde luego, como San Pablo, llevado por el espiritu de Dios à Jerusalem, persecuciones, y trabajos; pero ni el hambre, ni la sed, ni la muerte, ni el mundo, ni el Infierno podrán arrancar de su corazon la caridad de Jesu-Christo; y como si el Salvador le huviera dicho à él solo aquellas palabras, que en otro tiempo dirigió à todos sus Apostoles; id, recorred todo el mundo, y predicad el Eyangelio à todos los hombres, se

Tom. IV. V mi-

mira como superior à quantas dificultades pueden oponerle el mundo, y el Infierno; si un solo hombre se propusiese destruir todos los Idolos del universo, arruinar los Altares de las falsas Divinidades, y levantar sobre sus ruinas la Cruz de Jesu-Christo: si otro intentase confundir todos los errores, y hacer triunfar la Religión Católica contra el cisma, y la heregia; si uno ciñendo todos sus cuidados à la mas noble porcion del rebaño de Jesu-Christo, no omitiese diligencia alguna para librar al Justo del pecado, y elevarle à la mas alta perfeccion: si otro, como un Pastor amoroso, corriendo detrás de todas las ovejas descarreadas, procurase ganar à todos los pecadores, y apartarlos de los estraviados caminos à donde los guia la pasion: si uno, aprovechandose de los talentos particulares que ha recibido de Dios, quisiese instruir à los Grandes, y à los ricos en la humildad christiana, y à los pequenuelos, y pobres en la paciencia: si otro trabajára solamente en preservar à los Sabios de las ilusiones, y vanidad que suele sugerir la ciencia, y en disipar las tinieblas de la ignorancia, por medio de saludables instrucciones: si un hombre Apostolico se dedicára à cultivar las tiernas plantas, y à formar à Jesu-Christo en sus corazones: finalmente, si muchos hombres se dedicáran à la conversion de una Provincia, de una Nación, ò de un Imperio, no obstante las dificultades de tan ardua empresa, sin tener por fin, como los mundanos, el adquirir fama; ò riquezas, ¿qué alabanzas no tributariamos, Catolicos, al valeroso zelo de estas diferentes personas? Pues ved, Señores, lo que se propone San Ignacio, y hasta don-

de se estiende su valeroso zelo: *Totius orbis cor*: el Infiel, y el Atheista, el Herege, y el Libertino, el Justo, y el pecador, el rico, y el pobre, el sabio, y el ignorante, el Principe, y el vasallo, todos son objeto de su zelo; à todos quiere ganarlos para Dios, sin mas fin que la gloria del mismo Dios: una obra tan grande pide un valor extraordinario, y una prudencia heroyca: veamos cómo gobierna esta grande obra nuestro Santo, que es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA gracia, Catolicos, que hace sobresalir en cada Santo alguna virtud, que es como su particular distintivo, dotó à San Ignacio de Loyola de una prudencia christiana, y sobrenatural, que le hizo ser admirado, de modo, que podemos muy bien aplicarle aquellas palabras que dixo Dios à Salomon: *Dedi tibi cor sapiens, & intelgens, in tantum ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit.* Esta sabiduria, que dimana del Cielo, esta prudencia sobrenatural, que es propiamente el don de Consejo, el que comunica el Espiritu Santo à aquellos hombres à quienes destina para las mas arduas empresas, resplandece mas particularmente en la eleccion de los medios que los hace elegir para llegar à conseguir los fines que se proponen: ved, Señores, los medios que elige Ignacio para convertir à la Fé de Jesu-Christo todo el universo, y de aquí podreis inferir cuál fue su prudencia.

Huviera sido inutil que nuestro Santo huviese concebido grandes ideas acerca de la conversion de las

las almas, si él no hubiera procurado ponerse en estado de trabajar en esta conversion; y para esto, siendo ya de edad de treinta años, se dedica al estudio de las Ciencias: un Cavallero criado en el ocio de la Corte, educado en el exercicio de las armas, un hombre ambicioso, preocupado con ideas de vanidad, olvidandose de su ambicion, se abate hasta ser en las Escuelas el juguete de los niños, que todavía no tenían el talento suficiente para conocer su merito, ni para respetar su virtud: de este modo, aquel mismo Dios, que en otro tiempo suscitó un Joven para que hiciese triunfar à su Pueblo de la insolencia de Goliath, obliga hoy à Ignacio, à que en algun modo se vuelva niño, para hacerse capaz de librar al mundo de la tiranía del pecado: ¿pero qué combates no presentó el Demonio à esta prudencia de Ignacio? ¿què locura, le decia, el abatir un entendimiento acostumbrado à la contemplacion de las cosas celestiales, al penoso estudio de las letras humanas! ¿no te bastan, le decia, las luces que te ha comunicado el Señor? ¿tuvieron necesidad de estudiar los Apostoles? ¿no les enseña el Espiritu Santo en un momento todas las verdades que ellos havian de enseñar à los Fieles? Dexa esos inútiles estudios; el que tiene à Jesu-Christo por guia, no debe buscar otro Maestro; pero nuestro Santo, ilustrado ya en los caminos de la eterna salud, conoció facilmente estos artificios de nuestro comun enemigo, y siguiendo las sobrenaturales luces que havia recibido del Cielo, conoció que su caridad, y su zelo, sin ciencia, solo producirian en él deseos esteriles de la conversion de las almas, ò le precipitarian en em-

presas temerarias; conoció que Dios, que es poderoso para hacer milagros quando quiere, no siempre quiere hacerlos; y que el hombre, que en todas sus acciones debe portarse esperando toda su fortaleza de solo Dios, debe tambien poner de su parte los medios para conseguir el fin, con tanta actividad como si nada esperára de parte de Dios: gobernado Ignacio por estas santas ideas, no omitió diligencia alguna para ser util à su proximo; pero la misma sabiduria, que le guiaba por este camino, le enseñó tambien los peligros que debia temer en el uso de las ciencias, esto es, aquellas profanas novedades, que manda el Apostol evitar à su Discipulo: *Profanas vocum novitates evita*: el entendimiento del hombre, naturalmente curioso, y soberbio, desea instruirse, y averiguar los mas ocultos misterios; pero si no tiene la humildad, y sumision à los Decretos de la Iglesia, propias de un niño, halla mil dificultades, y duda de todo lo que no puede comprehender su flaca razon, y juntandose à estas dudas la vanidad, y la soberbia, forma de su propia ignorancia un punto de Religion, equivoca el error con la verdad, defiende obstinadamente sus errores, los comunica à otros, se levanta contra la Iglesia, la niega la obediencia que la debe, y bajo el velo de una fingida virtud, y de un zelo hypocrita, oculta una secreta soberbia, un espiritu de rebellion, y algunas veces un corazon entregado à las mas infames pasiones: Ignacio conoció todos estos peligros, y procuró evitarlos; huyó de la ciencia que hincha; miró siempre con horror à los libros, y à los Maestros sospechosos; y aunque es verdad que

esta aversion, que siempre manifestó à las heregias, le adquirió muchos enemigos, puede mirarse como su mayor gloria el haver sido aborrecido de los mismos enemigos de Jesu-Christo.

Finalmente, la prudencia gobernó en San Ignacio el uso que debía hacer de su ciencia; porque, como dice San Bernardo, unos estudian unicamente por ser sabios, y esto es curiosidad: *Turpis curiositas est*: otros estudian por adquirir fama, y esto es vanidad: *Turpis vanitas est*; y algunos intentan utilizarse de su ciencia, y esto es una infame negociacion: *Turpis questus est*; pero tambien hay muchos que se dedican al estudio para su propia edificacion, y esto es prudencia: *Prudentia est*, ò para edificar à sus proximos, y esto es caridad: *Charitas est*; pero Ignacio estudia para ser util, y no para ser estimado; para servir à la Iglesia, y no por motivos de ambicion; y sin pensar en las recompensas, que regularmente siguen al merito, y más quando à este se junta un ilustre nacimiento, solamente se propone la gloria de Dios, y la salud de las almas; si sube al Pulpito, no es para hacer en él ostencion de su doctrina, sino para dar à entender, como San Pablo, que no sabe mas que à Jesu-Christo, procurando convertir, y no agradar: de su auditorio solicita suspiros, y no aplausos: en la direccion de las almas supo observar aquel prudente medio tan poco conocido, apartandose tanto de la relajada condescendencia, como de la rígida severidad, no lisongeando à los pecadores, ni asustando à los penitentes: era severo sin exceso, y afable sin lisonjas: siempre se opuso con valor al pecado, y ganó con su afabi-

lidad al pecador; nunca disimuló la verdad con la lisonja, ni la exageró con indiscrecion: esta es la regla que dá San Bernardo à los que se dedican à la direccion de las almas: si es necesario usar de severidad, dice este Santo Padre, debe portarse el Director como Padre, y no como Tyrano: *Si severitate opus est, paterna sit non tiranica*: y al mismo tiempo que reprehende al pecador con un valor propio de un verdadero padre, debe manifestarle que le está mirando con entrañas de madre compasiva: *Sit Pater corripiendo, & Mater blandiendo*.

Paso en silencio, Catolicos, otros infinitos medios de que se valió San Ignacio, para llegar à conseguir el fin que se havia propuesto: su zelo se extendia à todas las edades, à todos los estados, à todos los Países, y à todas las Naciones: cuida de la educacion de los niños, inspirandolos en aquella tierna edad el santo temor de Dios: impugna à los Hereges con libros, y conferencias públicas, y particulares: busca al Infel, y le instruye, le gana, y le convierte: estos son, Señores, los frutos con que Dios coronó sus trabajos, y este debiera ser el objeto de la tercera parte de mi Panegyrico; pero el tiempo no me permite referiros por menor los felices sucesos de su zelo; en Alemania, Francia, è Inglaterra, convierte muchos Hereges, y los trae al seno de la Iglesia; en las Indias, en el Japon, en la China, y en la nueva Francia, ilumina à los Infieles; en la Moscovia, y en la Grecia, sujeta à la Suprema Cabeza de la Iglesia muchos Cismaticos: en todas las Provincias del mundo convierte Libertinos,

y guia à los Justos por el camino de la perfección; restablece el uso frecuente de los Sacramentos, despierta la piedad, aviva el fervor, y logra con su zelo restituir la Religion à su antiguo esplendor: parece que la providencia suscitó en San Ignacio un nuevo Esdras, para restablecer la Ley, ò un nuevo Judas Machabeo, para reparar las ruinas del Templo de Dios: ¿no tuve, pues, razon, Catolicos, para representaros à nuestro Santo en el principio de mi discurso, bajo la idea de un Heroe Christiano? *Esto vir fortis, & præliare bella Domini*: los Heroes profanos, à quienes la antigüedad idólatrá ofreció incienso, y levantó Altares, no tuvieron, ni tanto valor en sus empresas, ni tanta prudencia para dirigirlas, ni tanta felicidad en executarlas: Ignacio es verdaderamente digno del elogio, que en otro tiempo le tributó un Soberano Pontifice, valiendose de las mismas expresiones con que Dios havia elogiado à Josué: *Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes*: fue grande por su nombre, y fue grande para la salud de los escogidos de Dios; y fue capaz para vencer à los enemigos que contra él se levantaron; haga el Cielo, Catolicos, que imitando vosotros su valor en su conversion, y penitencia, y su prudencia christiana en nuestra propia conducta, podamos conseguir tan felices sucesos como él, para que despues de haver imitado su generoso valor en los combates, le acompañemos en la feliz morada de la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DEL JUBILEO
de la Porciuncula.

Servus meus orabit pro vobis, & faciem ejus suscipiam. Job c. 42. vers. 8.

Mi Siervo orará por vosotros, le miraré, y oiré favorablemente.

EL Espiritu Santo nos pinta, Catolicos, el valor, y la eficacia de la oracion del justo: esta oracion detiene el brazo del Señor, y suspende los rayos que están para caer sobre nuestras cabezas; proporciona la victoria à los Capitanes valerosos, y confunde à sus enemigos: esta oracion detiene el curso del Sol, hace baxar fuego del Cielo, y le abre, y cierra à medida de sus deseos: parece que el mismo Dios gusta de obedecer à la voz del justo: *Obediente Domino voci hominis.* Moyses, Josue, y Elias, alcanzan de Dios todo quanto piden, y à sus ruegos se conceden los mas extraordinarios prodigios.

Pero no es menos poderosa, ni eficaz la oracion de San Francisco de Asis, en la Capilla de la Porciuncula: la oracion de este pobre, muda la tierra en Cielo: Dios convierte este lugar, el que ya estaba santificado con su presencia, y con las lagrimas, ayunos, y oraciones de San Francisco, en un Trono